

“Y bien. Entretanto, la espada no saldrá de vuestra casa. . . . Vos habeis cometido vuestro crimen en las tinieblas de la noche, y yo satisfaré mi venganza á la faz del sol; vos habeis hecho blasfemar el nombre del Señor. El Señor, herirá de muerte los hijos de vuestro adulterio; el hijo que os ha nacido va á perecer.

“*He pecado contra el Señor: Pecavi*, esclama David, cayendo con el rostro contra la tierra ante el profeta del Señor. Y desde este dia de la sentencia llevada contra él y contra el hijo de su culpable amor, ¡cuántas lágrimas vertidas! ¡cuántos llantos no han empapado su lecho! ¡Cuántas veces no ha gritado al Señor en el silencio de la noche: “He pecado contra vos, Señor, tened piedad de mí: apartad vuestra mirada de mi iniquidad, y perdonadme segun la magnitud de vuestras misericordias.”

Este real penitente ha rogado tanto, ha implorado tanto su perdón, que todavía son sus propias palabras las que repetimos cuando suplicamos al Señor alejar lejos de sí nuestros pecados. . . . Yo no sé qué eco ha llevado á lo lejos sus ardientes ruegos, sus gritos de penitencia y de arrepentimiento; pero toda la tierra los ha aprendido y los siglos que se suceden los saben y los repiten todavía.

Esta palabra: *Yo he pecado*, ha venido á ser como la divisa de todo lo que existe, de todo el que ha ofendido á Dios, de todo el que se arrepiente. Cuando esta confesion sale de un corazon humillado y arrepentido, no hay en la naturaleza, ni temblor, ni desorden, ni tormenta, ni huracán, ni borrasca, ni tempestades capaces de impedirle llegar hasta Dios. Los mundos se desplomarán y en medio de sus estragos y de sus inmensas ruinas, el Señor de las misericordias oirá todavía el grito del arrepentimiento.

El Dios de los cristianos, cuyo ojo lo ve todo, y cuyo brazo puede atender á todo, para herir ó socorrer, abatir ó elevar, se inclina frecuentemente hácia la mansion de los hombres para escuchar sus gemidos y recojer sus confesiones.

El confesonario se ha establecido en nuestras iglesias para que los pecadores puedan venir allí y descargarse del peso de sus faltas ó de sus crímenes. Es allí donde el ejemplo de David en presencia del profeta mensajero del Señor el hombre culpable se humilla ante el sacerdote, se golpea el pecho, y dice: *Yo he pecado*.

Pero aquí, notad, cuánto la ley nueva es mas dulce y menos severa que la antigua ley. Comparad el castigo impuesto al rey de Israel para la expiacion de su crimen y las ligeras penitencias que nos imponen los ministros de Jesucristo. Esta diferencia es tan grande, la misericordia

de Dios está de tal modo estendida, los perdones se han hecho tan frecuentes, tan fáciles, que las almas timoratas y delicadas han pensado que para obtener la remision de sus pecados, deben hacer para con Dios mas que lo que le piden los hombres.

La costumbre de acusarse en alta voz ante el pueblo, ha durado muchos siglos; pero la Iglesia, toda prudente, toda misericordiosa de Jesucristo, despues de haber pesado en su divina sabiduría y habiendo reconocido los graves inconvenientes de estas confesiones públicas, las ha suprimido.

Hé aquí á este objeto lo que escribia San Leon (1) en su carta á los obispos de la Campania, que les dirigió para moderar el celo de aquellos que obligaban los penitentes á acusar públicamente ellos mismos sus faltas secretas. Esta carta es de la mitad del siglo quinto.

“Ordeno, que se borre absolutamente la presuncion de ciertas gentes, que contra la regla apostólica y contra todo derecho, exigen de los fieles que escriban en sus libelos, ó que reciten públicamente todas las especies de pecados; que sea suficiente descubrir al solo sacerdote, por una confesion secreta, los pecados de que se siente culpable; porque sin embargo del ardor de la fé de aquellos que por la creencia de Dios, quieran sufrir gustosamente la confesion pública de sus faltas que les parece laudable; sin embargo los pecados de todos no son tales, que todos aquellos que piden la penitencia, no tengan nada que temer haciéndolos públicos. Que se extinga esta costumbre, por temor de que muchos no se desvien de valerse de los remedios de la penitencia, avergonzándose ó retrayéndose de hacer conocer lo que han hecho á sus enemigos, y de esponerse así al rigor de las leyes.”

“Esta carta de San Leon (2) nos muestra claramente desde luego: que la costumbre de la Iglesia no fué jamas obligar á los pecadores á declarar públicamente los crímenes porque tuviesen ocasion de temer, ya sea el rigor de las leyes, ya cualquier otro inconveniente considerable, porque esto desviaria á los fieles de los remedios saludables de la penitencia.

“En segundo lugar que si algunos á pesar de esto, para la edificacion de otros, ó poseidos de compuncion, querian declarar públicamente en la Iglesia, algunos de sus pecados, harian una accion laudable; pero que no debia ser obligatoria para persona alguna. En fin, vemos, que en aquel tiempo, esta práctica estaba todavía en uso, y que se llevaban las cosas á tal esceso, que este gran papa, se creyó obligado á reprimirlas.”

Hemos dicho cómo el sacramento de la Penitencia, atrayendo la paz

(1) S. Leo. Epistola ad Episcopos Campaniae.

(2) Historia de los sacramentos por el Padre Chardon.

al alma de cada uno de nosotros, contribuye al buen acuerdo, á la paz de la familia; podriamos aun agregar, que la confesion ayuda poderosamente á mantener el órden y la tranquilidad de los Estados. En efecto, las ventajas que la sociedad saca de este sacramento, son inmensas; serian todavia mas grandes, sin las malvadas semillas, que el escepticismo volteriano ha esparcido por el mundo desde hace un siglo. Una maldita vergüenza, un desgraciado respeto humano, han nacido de estas funestas doctrinas. ¡Ay! al presente, el hombre se hace ilusion sobre el principio de su dicha; va siempre á buscarla en aquello que no puede procurársela, mientras que desdeña las creencias, las prácticas y las virtudes cristianas, que le asegurarian eso que desea sin cesar, y que le huye siempre.

En toda gran ciudad, en las capitales de los imperios, de los reinos ó de las repúblicas, existe una mezcla de bien y de mal, de virtudes y de vicios, de hombres de órden y de perturbadores, de malvados y honrados, de cristianos de hecho, y de otros que no lo son mas que de nombre. ¡Y bien! En lugar de esta mezcla incoherente, de esta amalgama que turba el espíritu y que contrista el corazon, suponed que se forman dos ciudades distintas, la una toda cristiana, toda obediente á Dios; la otra toda impía, toda obediente á Satanás; en una palabra, la una compuesta de cristianos que se confiesan, la otra de aquellos que no se confiesan jamas: ¿en cuál de estas dos ciudades tendriais la fortuna de encontrar la tranquilidad, el órden, la paz y la dicha? ¿Será en la Jerusalem nueva, ó en la Babilonia moderna? ¿Será preciso hacer largos y penosos cálculos para poder designar cuál de estas dos grandes ciudades tendrá mas necesidad de alguaciles de villa, de tribunales, de prisiones y de cadavros? Un niño que no supiera mas que su catecismo responderia en el acto estas preguntas, y señalaria sin vacilar la ciudad sometida á Satanás. Es, pues, en la otra, donde se encuentran en mas gran número los buenos padres de familia, los esposos fieles, los hijos sumisos y respetuosos. No es, pues, en las márgenes de un lago infestado donde crecen los lirios y las flores con que agrada adornar los altares.

Esto que es puro y bueno, estará en la ciudad guardada por el Señor; allí reinarán, bajo las miradas del Todopoderoso, la justicia, la generosidad, la buena fé, la templanza, la castidad, la union y la verdadera fraternidad. Allí se verán los señores justos y complacientes, y los servidores fieles y adictos; allí el rico ayudará al pobre, el pobre respetará al rico; el padre cuidará su jóven familia, y los hijos en la edad madura, estarán todos consagrados á sus viejos padres. Todos se amarán, cada uno será respetado, y los verdaderos pobres serán socorridos. Si de es-

ta ciudad verdaderamente cristiana, el vicio no está del todo desterrado, el crimen á lo menos será muy raro. La diferencia entre una y otra será inmensa bajo todos aspectos; y para llenar este objeto, basta la confesion, tal como está ordenada por la Iglesia (1). “Que se renuncie á esas Utopias sociales que no pueden ser realizadas. El catolicismo ofrece solo una institucion que puede servir de base sólida á la dicha del hombre acá abajo, asegurándola todavia mas grande en las regiones de la vida futura. La confesion, bajo el punto de vista social, equivale en efecto al mejor de los códigos. El filósofo Raynal ha convenido en ello: “El mejor de los gobiernos, dice, seria una teocracia, donde se estableciera el tribunal de la confesion, si fuese siempre dirigido por hombres virtuosos (2).” El revolucionario Cerutti, ardiente amigo de Mirabeau, espresa su opinion de una manera todavia mas notable: “Inspirar el horror ó el arrepentimiento del crimen, dar un freno á la infamia, un apoyo á la inocencia; reparar las depredaciones del latrocinio, renovar los nudos de la caridad, sostener el amor de la concordia, de la subordinacion, de la justicia, de todas las virtudes; desarraigar de los corazones los hábitos del desórden, de la desunion, de la revuelta y de todos los vicios; ser así en el lugar de Dios, y para el bien de los hombres, el juez de las conciencias, el censor de las pasiones; esto es lo que hace del ejercicio de los confesores, uno de los empleos mas propios para conservar las costumbres, y por lo tanto, uno de los mas conformes al interes público (3).” Voltaire, Rousseau, Marmontel, espresan los mismos sentimientos. Aun mas, los padres de la reforma, Lutero y Calvino, no se han podido negar á aprobar la confesion. El primero dice en un catecismo que publicó poco tiempo antes de su muerte. “Ante Dios es preciso confesarse culpable de todos sus pecados, por sí mismo, de aquellos que no se conocen; pero debemos declarar al confesor los pecados que conocemos, y que sentimos en nuestro corazon.” “Quisiera mejor, dice en otra parte, soportar la tiranía del Papa, que consentir en la abolicion de la confesion.” Calvino no es menos terminante: “Que la absolucion privada sea demasiado útil, dice, no pretenderé negarlo; tan al contrario lo he hecho en muchas de mis obras, que la recomiendo.” Leibnitz, aunque protestante, ha dado tambien un brillante testimonio á este mismo sacramento. Ved aquí sus palabras: “No se puede negar que toda esta institucion sea digna de la Divina Sabiduría, y seguramente, nada mas bello y mas digno de elogio en la religion cristiana; los chinos mismos y

(1) Enciclop. Catol. art. Penitencia.

(2) Hist. filos.

(3) Nonnotte, dicc. anti-filosof.

los japoneses se han poseido de admiracion. En efecto, la necesidad de confesarse, desvia mucho á los hombres del pecado; ella dá grandes consuelos á aquellos que han caido. Así, yo miro un confesor piadoso, grave y prudente, como un gran instrumento de Dios para la salud de las almas; porque sus consejos sirven para dirigir nuestras afecciones, á iluminarnos sobre nuestros defectos, á hacernos evitar las ocasiones del pecado, á restituir aquello que ha sido tomado, á reparar los escándalos, á disipar las dudas, á levantar el espíritu abatido, en fin, á suspender ó disminuir todas las enfermedades del alma; y si uno apenas puede encontrar sobre la tierra una cosa mas escelente que un amigo fiel, ¡cuánta dicha no es la de encontrar uno que está obligado por la religion inviolable de un sacramento divino, á guardar la fé, y á socorrer las almas (1)?

Hay gracias para todos los estados; el confesor las recibe mas que todos los otros, y verdaderamente Dios se las dá.

En los dias en que se condenaba á muerte, ó en que se asesinaba sin remision á todo sacerdote descubierto, y sorprendido diciendo la misa, ó administrando un sacramento, ó en el escondrijo de un castillo, ó bajo la cabaña de una alqueria; estos dias no están tan lejos de nosotros, para que yo los haya podido olvidar.... Entonces, cuando el terror se estendia por todas partes, cuando no habia tranquilidad en ninguna; entonces, cuando no se oian en toda la estension de nuestro desgraciado país, mas que los cantos sangrientos de los cannibales, y los gemidos de las viudas y los huérfanos; entonces, cuando las lágrimas y el dolor se derramaban por todas partes, era preciso que el Dios de las misericordias dejase algunos ángeles consoladores en medio de tantos sufrimientos y angustias. Sí, á pesar de todas las amenazas, á pesar de las sangrientas ejecuciones de Robespierre, á pesar de los ahogamientos de Carrier, á pesar de *las jornadas* de Setiembre de Danton (2), quedó en Francia un gran número de sacerdotes, valerosos dispensadores de las gracias de lo alto, que encontraban á riesgo de su cabeza, los medios de llevar los consuelos de Dios mismo á las prisiones mejor guardadas, y á los calabozos mas profundos.... ¡Oh! yo no he podido dejar al tiempo borrar de mi memoria todo esto que me ha sido referido á mi vuelta á Francia, por personas que me eran muy queridas y no habian podido emigrar, y que se habian unido á otras buenas almas para ocultar los sacerdotes, para preparar y adornar los altares en las cuevas y los graneros, allí donde el ojo de los sicarios de *Goulin y de Carrier* [3] no podia penetrar; ¡cuántas

(1) Enciclop. Cat. sistem. teolog.

(2) Hombres, que un partido trata de rehabilitar y de exaltar hoy!!

(3) Tribunos sanguinarios de Nantes.

hermosas y conmovedoras historias me han sido entonces contadas por Madama Brezoliere y su hija, y por muchas de sus nobles y piadosas amigas, *madamas Hervé de la Bauche, Roger, de Godroy, de Trévène, de Martel, de Reguon y de Goulaine*, todas que habian tenido cerca á las victimas inoculadas ó á los proscriptos!

La convencion (1) no queria reconocer oficialmente la necesidad de los socorros religiosos: lo que habia acordado á Luis XVI, lo rehusó á su real viuda; y cuando los gobernantes permitian que los sacramentos fuesen llevados á los presos, pretendian que esto fuese al través del cisma. Era como habian otorgado el agua emponzoñada á los que tenian sed. Pero la piedad de una simple muger, de una humilde cristiana; el valor y el celo de un eclesiástico fiel, descubrieron en 1793 los planes de la poderosa y terrible convencion; porque entonces, así como yo escribia en medio de los sucesos, en lo mas fuerte de la tormenta revolucionaria, cuando el terror paralizaba todos los valores humanos, habia allí un valor que nunca es vencido; es aquel que Dios hace descender á los corazones que creen y esperan en él; y cuando los perversos y los impíos se ligaban juntos para hacer perder la vida á los cuerpos y la salud eterna á las almas, habia en Paris, y en toda la Francia, una santa asociacion misteriosa, oculta, pero sin cesar ocupada en hacer penetrar detrás de las barras y calabozos mejor guardados los consuelos religiosos: no pudiendo libertar á los presos que allí gemian, lo intentaba todo para asegurar la salud de sus almas; y para vencer los carceleros, tenia oro; y para atreverse á sobornarlos, tenia la valentía que dan las convicciones vivas y profundas. Frecuentemente esta afiliacion católica, por piadosas astucias y una santa corrupcion, llegaba á sus fines; y á aquel que iba á subir al cadalso, gracias á ella, llegaban como por milagro los divinos socorros de la religion.

Entre los cristianos á quien el terror no habia vuelto inactivos, es preciso citar aquí á la señorita Fouché. Mas de una vez antes de que la reina fuese conducida á la Conserjería, ella habia penetrado en esta prision, y se habia proporcionado inteligencias. Cuando supo que la viuda de Luis XVI estaba detenida, redobló sus cuidados cerca de los protectores que habia sabido buscarse; y fué, á lo que se cree, quien á mediados del mes de Setiembre de 1793, llevó á María Antonieta un sacerdote fiel y valeroso, el señor abate Magnin, cura de San German l'Auxerrois en 1832, y que llevaba entonces el nombre de Carlos, y que vivia aun en 1847. El conserje Bault lo dejó penetrar muchas veces con la señorita Fouché, cerca de la real cautiva, y ella recibió de él la santa

(1) Jornadas memorables de la revolucion francesa, por el vizconde Walsh.

comunion despues de oída la santa misa, que fué dicha entre la media noche y la aurora.

“Una cosa admirable y que no se debe pasar en silencio, es que los dos gendarmes que estaban en la cámara, sea que fuesen buenos naturalmente, sea que la piedad de la reina los hubiese conmovido, se hallaron en estado de comulgar en la santa misa celebrada ante S. M. El sacerdote lo atesta.

“Así, todos los esfuerzos de los impíos, para privar á la real prisionera de los socorros de la religion, y de los consuelos que ella sola podia darle, habian sido vanos, y la piedad de una muger, reunida con otras buenas almas, habia sido mas hábil y mas fuerte que toda la policia de la convencion; y en este calabozo, donde una lápida de mármol atesta que allí fué donde María Antonieta sufrió y perdonó; en esta antigua cámara del cabildo, que yo he visitado como un lugar santo, ha pasado una escena digna de los primeros tiempos del cristianismo; y allí una reina católica cautiva, ya próxima al cadalso teñido con la sangre de su esposo, ha sido divinamente consolada! y los guardas mismos apostados para alejar de ella los socorros religiosos, cayeron de rodillas para partirlos piadosamente con su prisionera! ; Oh, semejante prodigio, hace dar gracias á Dios, y ver allí una celeste recompensa acordada en este mundo á la resignacion de la viuda del rey mártir. De lo alto del cielo, Luis XVI, prisionero del Templo, habrá obtenido este consuelo para la heroica compañera de su trono y de su adversidad (1).

“Dios, que en la obra almirable de la creacion, ha colocado por todas partes, lo *gracioso*, al lado de lo *sublime*, y hace crecer las flores sobre los precipicios propios de los abismos, ha tratado del mismo modo el órden moral. Así cuando las revoluciones conmueven el mundo, permiten casi siempre que cerca de los vicios se eleven las virtudes, y que las bellas acciones se muestren al lado de los crímenes.... Cuando la impiedad triunfa, la fé sale debajo de la nube, y brilla con gran fulgor. Acabamos de ver una prueba en esto que la señorita Fouché y el abate Carlos se han atrevido á hacer en el momento mas horrible de la revolucion nacida del filosofismo; entonces, cuando todo Paris sufría en apariencia, la *religion de Robespierre y de Marat*.

“Hé aquí todavía algunos rasgos de aquella sangrienta época.

“Trajeron un dia á Nantes una veintena de mugeres, y diez ó doce

(1) Esta comunión de la reina ha sido puesta en duda. Hace algunos años, cuando yo escribia las Jornadas memorables de la revolucion francesa, he tenido del mismo señor abate Magnin el atestado del hecho, y todos los detalles que acabo de escribir.—J. W.

viejos, todos vestidos en traje de lugareños: los soldados de Carrier habian hecho esta captura, y habian vuelto triunfantes de una caza á los nobles y á los sacerdotes, hecha en las parroquias de Leroux, de la Capilla Heulin, y de Valet. Cuando este batallon de asesinos entró en Nantes, lo hizo de manera, que todo el cuartel atravesado por ellos, pudo conocer con cuánta fidelidad, con cuánta escrupulosa obediencia ejecutaban las órdenes del procónsul. Los gritos: ; á las ventanas! ; á las ventanas! retumbaban en las calles por donde llegaban los triunfadores y las víctimas.... Y las ventanas se abrieron para salvar las casas del pillaje, y aparecieron allí figuras pálidas; ; cabezas que se mostraban obedientes, para no caer bajo el hierro de la guillotina....! Este dia, pues, la tropa selecta del comisario de la convencion, estaba mas soberbia, mas exaltada que de costumbre; su expedicion habia sido feliz. Ella no habia encontrado, es cierto, al gefe Vandeano; pero habia descubierto bajo el suelo liso de una era para trillar el trigo, el escondrijo de una iglesia quemada de los alrededores, y aquello que se habia encontrado allí, una Cruz plateada, un cáliz, un copon, algunas viejas capas y casullas, y una estatua de la Santa Virgen en madera dorada, era para hacer un gran efecto sobre la multitud. La muchedumbre crédula tenia miedo, viendo quemar y ensuciar todos estos restos de la supersticion y de las mogigangas de los clerizontes, cuando el reinado de la diosa Razon estaba sólidamente y para siempre establecido, por la voluntad soberana de la república francesa, una, indivisible, é inmortal.

“Cuando Carrier habia mandado esta expedicion á las parroquias que acabo de nombrar, tenia la esperanza de hacer arrestar al marqués de Riviere, que segun voces que corrian por el país habia venido de Escocia para conferenciar con el general Charette..... A pesar de todas las solicitudes é investigaciones, sus fieles no pudieron echar el guante sobre el infame emisario de los príncipes. Y para desquitarse de esta contrariedad, hicieron en las campiñas una horrible carnicería de niños. Habiendo interrogado á muchos, y no habiendo podido obtener de ellos revelacion alguna, les cortaban las orejas.... Y ; cosa horrible de contar (pero verdadera) muchos de estos monstruos que no puedo resolverme á llamar soldados, hicieron su entrada en la ciudad con las orejas todavía brotando sangre, cosidas á sus sombreros á manera de cucardas....! Semejantes hombres podian pasar fácilmente de la crueldad al sacrilegio: así, ; habian atado un perro muerto á la cruz....! ; Y ante las tabernas, algunos de entre la banda, revestidos de casullas, de dalmáticas y capas, se detenian y se hacian verter los vasos en el cáliz y en el santo copon....! En cuanto á la estatua de la santa Virgen, la llevaron hasta

la plaza de Bonffay, y la entregaron al verdugo, que obedeciendo el mandamiento de este *pueblo soberano*, la puso bajo el hierro de la guillotina... Cuando la cabeza de esta imagen de la Reina de los ángeles, fué separada del tronco, el infierno lanzó tales ahullidos, los esclavos del demonio, la liga de asesinos vociferaron tales blasfemias, danzando en derredor de la máquina roja, que jamas todavía Nantes habia oido tales gritos tan horrosos y salvajes.

Para que ellos pudiesen asistir á este odioso, á este infernal espectáculo, las presas y algunos viejos habian sido detenidos sobre las gradas de la larga escalera que conducia de la plaza al umbral de la prision... En el tropel, se entiende, de los habituados á la guillotina, de los *calceteros* de Carrier, habia unas especies de furias que decian: "La caza no ha sido tan mala como se dice; entre los lugareños hay *bastantes manos blancas*."

Nada faltaba para que todos los horrores fuesen cometidos en una misma jornada. Los altos funcionarios de la convencion eran muy hábiles en economizar los *placeres del pueblo*. Las mugeres arrestadas en sus aldeas, fueron repartidas en diversas prisiones de la ciudad; en la de Bonffay no habia ya lugar... Pero al tercero dia de su arribo á Nantes, los *bandidos* fueron todos llevados con los viejos paisanos al pié del cadalso. Mientras que los cannibales y las mugeres rabiosas insultaban cruelmente á aquellos y aquellas que iban á morir, los piadosos vandeanos, de pié, juntas las manos, y teniendo sus rosarios, cantaban todos juntos el *cántico de la buena muerte*.

En vuestro amparo fia,	Y en el postrer momento
¡Oh Virgen! mi confianza,	Que fijará mi suerte,
Vuestro cuidado afianza,	Obtened que yo muera
Que protejais mis dias:	De la mas santa muerte (1).

Mientras que el coro de las víctimas cantaba así, el paisano, que parecia el decano de los viejos, habiendo sido llamado por el ejecutor de las altas obras de la república (*verdugo*), subió con paso firme los diez escalones del cadalso. Antes que la mano del verdugo lo hubiese atado sobre la plancha de la báscula, se adelantó sobre el borde de la plataforma roja y húmeda, y gritó: "¡Compañeros y compañeras de prision y de

- | | |
|---------------------------|----------------------------|
| (1) Je metz ma confiance, | Et quand ma dernière heure |
| Vierge, en votre secours; | Viendra fixer mon sort, |
| Servéz-moi de défense, | Obtenir que je meure |
| Prenez soin de mes jours; | De la plus sainte mort! |

muerte, arrodillaos! ; Como sacerdote de Jesucristo, os voy á dar la absolucion que se otorga á los moribundos.....!"

Entonces, el viejo *confesor de la fé*, aquel que iba á ser *mártir*, levantó la mano... Los cien paisanos cayeron de rodillas; los cantos habian cesado... Pero cuando el sacerdote fué colocado bajo el hierro, el cántico volvió á empezar... y no cesó, hasta que estas mugeres tan heroicas como piadosas, hubieron *todas* pasado de la tierra al cielo... Se ve en este rasgo todo lo que emana de los Sacramentos. Estos cristianos, tan valerosos y tan fuertes, habian sido en su juventud *confirmados y alimentados con el Pan de los ángeles*: este viejo sacerdote que reveló su carácter sagrado sobre el patíbulo, habia recibido todas las gracias del sacramento del Orden; y esta absolucion que descende sobre las víctimas, es el sacramento de la Penitencia.

"En los primeros siglos de la Iglesia, la confesion secreta ó pública se hacia al obispo ó á los sacerdotes; alguna vez á unos y otros al mismo tiempo (1), otras al obispo solo, ó al *sacerdote cardenal*, ó al *penitenciario* nombrado por el obispo. Efectivamente, es á ellos á quienes con exclusion de todos los demas, han sido confiadas las llaves del reino de los cielos; y es preciso estar revestido del carácter sacerdotal, para ejercer este sagrado ministerio con autoridad y eficacia."

El concilio de Elvira estableció la misma disciplina (2). Este caso de necesidad debia ser demasiado frecuente, cuando el número de los sacerdotes era poco considerable, y que habia *diáconos cardenales, in cardenati*, ó agregados á ciertos cantones del distrito de las ciudades, ó parroquias de la campaña, como se hacia otra vez."

La Iglesia ha sido siempre una Madre tan tierna, que ha tomado todas las precauciones, todos los medios de salvar y de hacer llegar á Dios las almas de sus hijos. Así leemos en la obra del docto dominicano (3), que frecuentemente citamos, el pasaje que sigue:

"No solamente se confesaba á los diáconos en el caso de necesidad, sino tambien á los clérigos inferiores, escepto en aquello que tocaba á los pecados secretos."

"Lanfranc, obispo de Cantorbery, que ha muerto, lo menos sesenta años antes que los doctores de la escuela, distingue en una pequeña obra que hizo sobre la confesion, los pecados en dos clases, de los que llama á unos *secretos* y á otros *públicos*; y enseña que los clérigos inferiores pueden

- (1) Historia de los Sacramentos, por el padre Chardon.
- (2) Elvira, ciudad de la antigua España, de que no quedan en el dia mas que ruinas.
- (3) El padre Chardon.